



LA EDAD DE ORO

42.—El jaguar.

Las riberas frondosas de los grandes ríos parecen ser las guaridas favoritas del jaguar; pero al sur del Plata se me dijo que frecuentaba los cañaverales de los bordes de los lagos. Juzgando por estos hechos, diríase que la fiera necesita agua; pero sin duda la afición a esos sitios proviene de hallar en ellos los animales que le sirven de alimento. Su presa más común es el *Capybara*; de modo que al decir de la gente, donde abundan los *Capybaras* no hay que temer al jaguar. Falconer afirma que cerca de la parte meridional de la desembocadura del Plata hay muchos jaguares, y que éstos se alimentan principalmente de peces, y así lo he oído repetir. En el Paraná han matado a numerosos leñadores, y hasta asaltado los barcos por la noche. Un hombre que ahora vive en Bajada, subiendo de allí en una embarcación por la noche, se vió de pronto en las garras de un jaguar que había saltado al puente, y aunque escapó con vida, perdió para siempre el uso de un brazo. Cuando las avenidas arrojan de las islas a estos animales, son peligrosísimos. Me contaron que pocos años antes un jaguar enorme había penetrado en una iglesia de Santa Fe; dos Padres que entraron, uno tras otro, fueron muertos por la fiera, y un tercero que acudió a enterarse escapó con dificultad. Se mató a este jaguar a balazos, desde un ángulo del edificio, que no tenía tejado. En esas épocas causa también grandes estragos en el ganado vacuno y caballar. Dicen que mata las presas desnucándolas. Si se los ahuyenta de los cadáveres de sus víctimas, rara vez vuelven a buscarlos. Refieren los gauchos que cuando el jaguar merodea por la noche se ve acosado por los zorros, que le siguen atullando. Es curiosa la coincidencia de este hecho con lo que se afirma generalmente de los chacales, que acompañan con análoga oficiosidad al tigre de la India. El jaguar ruge con frecuencia insistente durante la noche, y en especial en vísperas de mal tiempo.

Un día, cazando en las riberas del Uruguay, me enseñaron ciertos árboles a que acuden constantemente estos animales, según se dice, para afilarse las uñas. Vi tres árboles muy comunes; enfrente la corteza estaba desgastada y lisa, como si el animal hubiera frotado el pecho contra ella, y en cada lado había profundas arañaduras, o más bien surcos, que se extendían en línea oblicua cerca de un metro. Dichas señales pertenecían a diferentes épocas. Un medio ordinario de asegurarse de si hay en las inmediaciones algún jaguar consiste en examinar estos árboles. Supongo que este hábito del jaguar es exactamente semejante al que diariamente puede observarse en el gato común cuando, con las patas delanteras tensas y las uñas estiradas, araña las patas de las sillas; y tengo noticia de que los frutales tiernos de un huerto en Inglaterra quedaron medio estropeados por los arañazos de un gato. Un hábito parecido debe de tener también el puma, porque en el terreno duro y sin vegetación de Patagonia he visto a menudo arañazos tan hondos que no podían atribuirse a ningún otro animal. El objeto de tal práctica es, a lo que creo, hacer desaparecer las asperezas de las garras, y no afilarlas como creen los gauchos. Al jaguar se le mata sin gran dificultad con ayuda de perros que le acorralen y le obliguen a

encaramarse al tronco de un árbol, donde se le despacha a balazos.

C. DARWIN

(Viaje de un naturalista alrededor del mundo: De Buenos Aires a Santa Fe).

43.—Sueño de Cádiz

Cádiz está mirando al mar.

Sobre éste derrama el sol poniente barcas de oro que se van cabrilleando hacia el oeste, como en los días coloniales idos zarpaban las armadas de galeones en busca de las Indias y el Gran Preste.

La tarde es vela en los galeones vanos y hacia las Indias orzará con ellos.

Orbe de plata en sus serenas manos trae la Noche a la marmórea Cádiz: los blancos miradores están bellos: se ha puesto en guardia la muralla entera, y hacia el Silencio se levanta austera la Torre del Vigía.

Cádiz duerme, y es su sueño de augurio todavía:

Cádiz mira venir la Grande Armada conduciendo, a sus mástiles atada con cabos regios la imperial victoria. Arde incendio de gloria en la bahía.

Detrás, en infinitos escuadrones, sobrecargados de oro, los galeones historiados de triunfos de conquista, con sus dos mil corsarios prisioneros, van altivos entrando en la bahía. Cádiz no les abarca con la vista.

Después escucha en su sueño las anclas de oro en el fondo sonoro del mar. Cádiz la blanca despierta a su estruendo.

Está nadando en las aguas del Día; tinto está el mar de un color de esperanza: algo de Indias las olas murmuran; todas las conchas marinas auguran un regresar de otras Indias de España.

R. BRENES MESÉN.

Abril, 1922.

44.—Petrona Revolorio

...Adela, sí, había trabado amistades con una gruesa india que tenía ciertos privilegios en la casa de la finca, y vivía en otra cercana, donde pasaba Adela buena parte del día, platicando de las costumbres de aquella gente con la resuelta Petrona Revolorio: «y no crea la señorita que le converso por servicio, sino porque le he cobrado afición». Era mujer robusta y de muy buen andar, aun-